

Lección # 2

Completos en Cristo: **Plena Comunión**

Por: Yens Nima

Tema: Evidencia Fundamental De La comunión Plena

Título: Una perspectiva bíblica de cristo

Texto Básico: 1 Juan 1:1-4

“ Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocantes al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido. “ (1 Jn 1:1-4).

Versículo clave: 1 Juan 1:3

Verdad Central: Explícitamente Juan declara sus dos propósitos: (1) para promover comunión con Dios y con los hermanos, en 1:3, y (2) para proveer gozo, en 1:4.

Introducción:

Vivimos en una época que ve con recelo cualquier clase de certidumbre o convicción acerca de la verdad. Nuestra sociedad ha abandonado la idea de los absolutos, y en su lugar ha decidido arbitrariamente darle igual validez a toda opinión y divagación filosófica. Tristemente, la iglesia moderna, influenciada por la cultura circundante, ha caído presa de un inclusivismo que al parecer tolera todo punto de vista, excepto el dogmatismo. En la esfera de la interpretación bíblica, por ejemplo un nuevo e importante movimiento está ganando terreno en afirmar que nadie puede saber con seguridad lo que la biblia quiere decir. Según este punto de vista emergente, la biblia confunde tanto que cualquier persona que interpreta las escrituras no debería ofrecer más que una cautelosa, humilde y comprensiva opinión del significado del texto. Pero tal escepticismo radical y sin base alguna hace abiertamente caso omiso a la propia enseñanza de la biblia de que los cristianos no solo pueden sino que deben conocer la verdad. (Jn.8:32; cp. Sal.19:8; 119:105; Pr.22:21; Is. 29:24; Lc. 1:4; 1 Ti.4:3; 2 P. 1:12, 19; 1 Jn.2:21; 4:6; 2 Jn. 1). Por tanto, afirmar que el significado de la Biblia es misterioso constituye un ataque directo a la claridad divinamente asignada de la palabra de Dios; en esencia es acusar a Dios de no poder revelarse claramente ni poder revelar su verdad a la humanidad. La consecuencia inevitable de tal

arrogancia --para quienes la aceptan-- es la pérdida de la certeza y la confianza en cuanto a las ricas y esenciales verdades doctrinales de la fe cristiana.

Por el contrario, los escritores de la Biblia estaban absolutamente seguros de lo que creían, y bajo la inspiración del espíritu santo escribieron con una claridad y una audacia que hace al mensaje de salvación en toda su plenitud comprensible para la mente regenerada e iluminada. Sin embargo, el adecuado sentido de dogmatismo es totalmente contrario a las actitudes relativistas de hoy, y a quienes lo apoyan se les condena constantemente como insensibles, sin afecto natural y opuesto a lo intelectual. La realidad es que quienes niegan la claridad de las Escrituras están probablemente motivados por la rebelión contra el claro mensaje de pecado y justicia que la biblia proclama (cp. Jn.3:20). Negar que la palabra de Dios se puede entender ofrece falso consuelo a quienes no les gusta la verdad que revela. Por el contrario, los que aman la verdad se apresuran a buscarla y aplicarla a sus vidas (Jn. 3:21). Esa adherencia a la verdad divina y absoluta que honra a Dios es precisamente lo que el apóstol Juan exalta en su primera epístola como evidencia fundamental de una comunión plena con Dios.

La enseñanza de este tema se puede dividir en tres categorías:

- A. Existe un hecho establecido. (V.1)
- B. Una comunión Viva (vv.2, 3).
- C. Una plenitud de Gozo (v.4).

Conforme a su firme compromiso con la certidumbre de la verdad divina, Juan prescindió de todas las buenas maneras introductorias: ni siquiera se nombra como el autor ni la identidad a sus lectores. Más bien, se lanza inmediatamente a escribir la verdad inspirada por el espíritu. Comienza presentando cinco certidumbres acerca de la persona y la obra de Cristo: El Verbo de vida es inmutable, histórico, transmisible, relacional y gozoso.

I. UNA VISIÓN BÍBLICA DEL VERBO DE VIDA

A. EXISTE UN HECHO ESTABLECIDO.

EL VERBO DE VIDA ES INMUTABLE

Lo que era desde el principio, (1:1a).

El mensaje de redención es invariable. **Desde el principio** de la predicación del evangelio ha sido el mismo. Los que predicán el verdadero evangelio siempre han considerado a la persona en quien somos salvos, el plan para nuestra salvación y el lugar de los salvos en esta tierra. En primer lugar, consideremos a la **persona** quien nos salva. En el centro de nuestra salvación está la persona quien hace la salvación y esa persona es Cristo. Mateo escribió, “Él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21). Juan 3:17 dice, “Porque Dios

no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él.” El más grande hecho del Nuevo Testamento es que Dios en forma de Jesús existió a la imagen de hombre. Hebreos dice de Jesús, “habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5:9). En Filipenses 2:5-9, Pablo habló de Cristo quien “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz.” En segundo lugar, consideremos el **plan** de salvación. Cristo no salva al azar. Salva por su plan divino. La Biblia en ningún lugar enseña que Cristo nos salvará por un plan propio que hayamos diseñado. Cristo nos salva por un plan elaborado en la mente de Dios. “habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro efecto de su voluntad” (Efesios 1:5). El buen gusto de su voluntad, no el nuestro. Si Dios salva a quienes están perdidos, debe ser de acuerdo al propio plan de Dios. El plan de Dios enseña que debemos creer (Romanos 5:1), arrepentirnos (Hechos 17:30-31), confesar (Romanos 10:9-10) y ser bautizados para remisión de nuestros pecados (Hechos 2:38; 22:16). Después de explicar el plan de Dios para la salvación en Hechos 2:14-39, Pedro exhortó al pueblo “Sed salvos de esta perversa generación” (Hechos 2:40). Para ser salvos actualmente, debemos obedecer el plan de Dios para nuestra salvación (Romanos 6:16-19). En tercer lugar, consideremos el **lugar** de la salvación. Cuando obedecemos el plan de salvación de Dios (Marcos 16:15-16), el Señor nos añade a su iglesia (Hechos 2:47). Pablo declara en Efesios 2:16 que ambos, judíos y gentiles somos reconciliados en un cuerpo el cual es la iglesia (Efesios 1:20-23). Dado que esta reconciliación sucede en el cuerpo, la iglesia, la innegable verdad es que la iglesia es el **lugar** de salvación. ¿Te ha añadido el Señor al cuerpo, a la iglesia de la cual Cristo es el salvador? (Efesios 5:23). ¿Quién nos salva? Cristo ¿Cuál es el plan para salvarnos? El plan de Dios ¿Dónde somos salvos? En el cuerpo de Cristo, la iglesia. Los que predicán el verdadero evangelio siempre han anunciado la disponibilidad misericordiosa y clemente del perdón divino (Hch. 10:43; Ef. 1:7), y han instado a los pecadores a reconciliarse con Dios por medio de Jesucristo (2Co. 5:18-21). Cuando el apóstol Juan escribió esta epístola, un incipiente gnosticismo ya estaba amenazando a las iglesias de Asia Menor. Sus partidarios negaban la total deidad y humanidad de Jesucristo, y por consiguiente su verdadera naturaleza esencial al evangelio. Además afirmaban haber obtenido, sin tener en cuenta el evangelio, un conocimiento extraordinario de lo divino, disponible tan solo para la elite “espiritual”, y por lo demás fuera del alcance del creyente común.

Estos falsos maestros amenazaban la iglesia de la época de Juan, así como lo siguen haciendo hoy día; y lo seguirán haciendo hasta el final de la era. Jesús advirtió: “Por qué se levantarán falsos cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañaran, si fuere posible, aun a los escogidos” (Mt. 24:24). Amenazan con socavar la Iglesia (Hch. 20:29-30; 2Ti. 3:1-9), tratando de alejarla de la doctrina apostólica de fe (cp. Hch.2:42; 13:8; 14:22; 16:5; 1Co. 16:13; 2Co. 13:5; Ef.4:4-6; Col. 1:23; 1 Ti.4:1,6; 6:10, 21; 2Ti. 3:8; 4:7; Tít. 1:13; 3:15; 2P. 1:20-21; Jud.3, 4,20), es decir, la verdad inspirada que nada puede nunca reemplazar (cp. He. 13:8-9).

Cualquier alteración a esta revelación celestial, sea añadiendo o quitando de ella, significa un ataque a la verdad y a su Autor soberano. Todos los predicadores, maestros y testigos del evangelio (en cualquier generación o localización, por cualquier razón, incluso la de hacer el mensaje más aceptable o comercializable) deberían saber que no pueden libremente cambiar con impunidad cualquier elemento de la revelación de Dios.

El apóstol Pablo también advirtió antes con palabras claras a quienes propagan un evangelio alterado o falso:

Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamo por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Más si aún nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema (Ga. 1:6-9).

Con una sencilla declaración inicial Juan establece que el mensaje del evangelio acerca del verbo de vida es permanente e inalterable (cp. Ap. 22:18-19).

EL VERBO DE VIDA ES HISTORICO

“Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al verbo de vida (porque la vida fue manifestada”, (1:1b-2a).

Contrariamente a lo que los falsos maestros enseñaban, experimentar a Cristo y su evangelio no es algo místico, espiritualmente trascendente, y de visión secreta reservada tan solo para aquellos de élite que ascienden a algún entendimiento superior. Juan manifestó a sus lectores, incluso a quienes eran jóvenes en su fe (cp. 2:12), que podían comprender la verdad actual e histórica acerca del **Verbo de vida** (la persona y la obra de Jesucristo como se proclama en el evangelio). En su registro de la vida y el ministerio de Cristo, Juan escribió que “aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria como del unigénito del padre), lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14; cp. Ro.1:3; Ga. 4:4; He.1:1-3; I Ti. 3:16; Ap. 19:13). Jesucristo era el Dios hombre (Jn. 10:30, totalmente divino (Fil. 2:6; Col.2:9); Y completamente humano (Lc. 1:31; Fil. 2:7-8 Hb. 2:14; 4:15). El apóstol había experimentado esa realidad por ese medio de sus sentimientos naturales y era un testigo verdadero de la encarnación en su plenitud.

Juan enumeró cuatro maneras en las que de veras había percibido al Verbo de vida con sus sentidos. Primera había **oído** hablar al Señor. Juan oyó las parábolas (Mt. 13:3-33; Mr. 4:26-29; Lc. 15:11-32), los sermones (Mt. 4:23;5-7), y las parábolas confidenciales de instrucción y concejo de parte de Jesús (Mt. 10:5-42; Jn. 13:12-17; 14-16). **Hemos oído** se

traduce de una forma del tiempo perfecto del verbo que indica una ocurrencia terminada en el pasado con influencia en el presente. Juan no simplemente oyó de Jesús en una sola ocasión. Estuvo presente a lo largo del ministerio terrenal de Cristo (Jn. 20:30-31; 21: 24-25). Aunque el apóstol escribió esta carta como unos sesenta años después, lo que había oído de primera mano aún era una verdad vivida en su corazón.

Segunda, Juan no solo había oído al Señor, también lo había **visto**. El verbo traducido **hemos visto** también está en tiempo perfecto, y de nuevo sugiere una acción pasada y terminada con una influencia actual y continua. El apóstol añade **con nuestros ojos** para clarificar que se estaba refiriendo a la experiencia física de ver; no se estaba refiriendo a algún tipo de visión espiritual que solo hubiera en su mente. Cristo no era una imagen mística, un fantasma como algunos han afirmado, sino un hombre real a quien Juan había observado diariamente durante tres años por medio de una visión normal.

Tercera, reforzando la verdad de que había visto realmente a Jesús, Juan añadió el termino **hemos contemplado**. Ese vocablo implica más que un simple vistazo o una rápida mirada; al contrario, denota una mirada detenida y escudriñadora. Es el mismo verbo (theaomai) que la reina Valera traduce “vimos” en Juan 1: 14. Además de las obras que Jesús realizó, Juan y los otros apóstoles lo observaron atentamente por varios años y vieron las asombrosas e inconfundibles realidades de quién es Él (cp. Mt. 13:16-17): el Señor y Dios, Mesías y Salvador (Lc. 2:25-32; Jn. 1:29-41), con poder sobrenatural sobre los demonios, la enfermedad, la naturaleza y la muerte (Mt. 4:23-24; 8:28-32; Mr. 1:23-27; Lc. 5:4-6; 7:12-15; Jn. 2:6-10; 4:46-53; 5:5-9; 9:1-7; 11:38-45), y con la autoridad para perdonar pecados (Mr. 2:5,9; Lc. 7:48) y otorgar vida eterna (Lc. 19:10; Jn. 11:24-27). Como testigos íntimos y constantes del ministerio terrenal de Jesús tuvieron amplias evidencias de que Jesucristo era Dios en carne humana (Jn. 14:8-11).

Por último, Juan expreso a sus lectores que sus **manos palparon al verbo de vida**. La palabra traducida palparon (pselaphao) significa “sentir después de” o “tantear” (como un ciego). Jesús usó la misma palabra en Lucas 24:39: “palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo”. Los apóstoles habrían tocado a Jesús todo el tiempo en el curso diario de su compañía con Él. Juan incluso se describió como aquel que se recostó en el pecho de Jesús (Jn.13:23,25; 21:20). El señor animo a Tomas a que lo tocara en aquella ocasión posterior a la resurrección: “pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, si no creyente” (Jn. 20:27).

Con la encarnación de Jesucristo **la vida fue manifestada**. El verbo traducido **fue manifestada** significa “revelar” o “hacer visible lo que estaba oculto”. Dios no se revelo en

carne humana hasta el ministerio terrenal de Cristo cuando la vida eterna se volvió visible para la humanidad. Así declaró Jesús: *“porque como el padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo en tener vida en sí mismo”* (Jn.5:26; cp. 1:1-4; 5:39-40; 11:25-26; 1Jn 5:12). El padre y el hijo tienen la misma vida divina, y ambos pueden conceder vida eterna (Jn. 6:37-40).

B.EXISTE UNA COMUNIÓN VIVIDA

EL VERBO DE VIDA ES TRANSMISIBLE

Y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el padre, y se nos manifestó; lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, (1:2b-3a)

Para Juan, lo que se le manifestó, el Verbo de vida, se convirtió en la base para su proclamación de la verdad. Su vida privilegiada en la presencia del señor Jesucristo no fue una experiencia privada para elevarlo por sobre los demás que no fueran tan bendecidos, como si de alguna manera él fuera uno de los “hijos predilectos” de Dios. Más bien, su privilegio se volvió la plataforma para su responsabilidad y mandato, como apóstol y testigo presencial, a fin de dar testimonio (testificar) de la verdad (Jn. 20:30-31; 21:24; cp. 1:41-42; 2Co. 5:14-15) y anunciar el regalo de la vida eterna en Cristo (1Co. 2:2; 9:16) a aquellos incluso sus lectores, que no habían visto a Jesús. Debido a su amplia reputación con aquel que había estado con Jesús como un apóstol (cp. Jn. 1:14, 16-18, 37-51), Juan era un testigo verdadero y creíble (Jn.19:35-37). Otros libros del nuevo Testamento escritos por apóstoles o sus colaboradores también presentan narraciones de testigos presenciales acerca de Jesús y la verdad del evangelio. Los otros evangelios hacen eso (cp. Lc. 1:1-4), al igual que el libro de Hechos (cp. 1:1-3) y las epístolas (2P.1: 16-21.)

El apóstol Juan sabía que el asunto de comunicar al verbo de vida no era una opción sino un mandato. El contenido del mensaje no debía ser atesorado, sino que su verdad inmutable se debía declarar en todo el mundo. Al comentar sobre este pasaje, John R. w. stott proporciona esta perspectiva clave:

La manifestación histórica de la vida eterna fue proclamada, no monopolizada. La revelación fue dada a unos pocos para muchos. Ellos tenían que comunicarla al mundo... Él (Cristo) no solo se manifestó a los discípulos para capacitarlos como testigos, sino que les entregó una comisión seria como apóstoles para predicar el evangelio. El autor (Juan) insiste en que él posee esas credenciales necesarias. Al poseerlas, él muestra gran valentía. Después de oír, ver y tocar al Señor Jesús, da testimonio de Él. Tras recibir una comisión, predica el evangelio con autoridad, porque el mensaje cristiano no es una especulación

filosófica, ni una sugerencia tentativa, ni una modesta contribución al pensamiento religioso, sino una afirmación dogmática por parte de aquellos cuya experiencia y comisión los califico para llevarla a cabo.

EL VERBO DE VIDA ES RELACIONAL

Para que también vosotros tengáis comunión con nosotros y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. (1:3b)

Juan predico al Verbo de Vida **para que** “con el fin de que”, todos los creyentes se dieran cuenta de que tienen **comunión** “una auténtica relación” con Jesucristo y con los compañeros creyentes (cp. Hch.1:14; 2:42, 44-47; 1Co. 12:26-27; Ef. 4:1-3; Hb. 10:24,25). La palabra traducida **comunión**, el conocido término griego **koinonia**, significa una participación mutua en una causa común o vida conjunta (cp. Ga. 2:9; 6:6; Tít. 1:4; Flm. 6; 1P. 4:13; Jud. 3). Se trata de algo más que una simple asociación de quienes han tenido las mismas creencias y, por lo tanto, se congregan. Más bien es una vida y un amor mutuos de quienes son uno en espíritu (1Co. 6:17; cp. Ef. 5:30-32).

El objetivo de la predicación del evangelio es producir fe que descansa en Cristo (Jn. 6:29; Hch. 20:21). Quienes creen en Jesús para salvación entran en una unión genuina con el Padre, con su hijo Jesucristo, y con el Espíritu Santo. El apóstol Pablo escribió:

“Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su hijo Jesucristo nuestro Señor” (1Co. 1:9; cp. Ga.2:20).

“La gracia del señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amen”. (2 Co. 13:14; cp. Jn. 17:21).

Incluso cristianos en pecado que pierden el gozo de su comunión con Dios no pierdan la realidad de esa vida eterna de El (1Co. 1:9; 2 Co. 13:14; Fil. 2:1; He. 12:10), que les ha sido dada a través de su unión con Cristo (Ro.6:3-5; Ef.2:5; Col. 3:3). Jesús declaro: *“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, más ha pasado de muerte a vida”* (Jn. 5:24; cp. Ef. 5:26; Tit. 3:5; 1 Co 6:11; He 10:22). El nuevo nacimiento produce nueva vida, por lo que los creyentes están regenerados en la comunión eterna con el Dios trino (Jn. 3:1-8).

C.EXISTE UNA PLENITUD DE GOZO

EL VERBO DE VIDA ES GOZOSO

Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido. (1:4)

Debido a que es una verdad transformadora, el mensaje de Juan ocasiona gozo cumplido, produciendo satisfacción y realización total que nunca se pueden perder (Jn. 10:28-29; Ro. 8:35-39; Fil. 1:6). Jesús indico a los apóstoles en el aposento alto: *“Estas cosas os he hablado, para que mi gozo este en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido”* (Jn. 15:11; cp. 16:22, 33; Lc. 2:10). Así lo explico el apóstol Pablo: *“Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”* (Ro. 14:17; cp. Fil. 4:4; 1 Ts. 5:16).

La definición secular que el diccionario da de **gozo** (“emoción evocada por el bienestar, el éxito o la buena fortuna, o por la posibilidad de poseer lo que se desea”) es totalmente inadecuado cuando se aplica a la vida cristiana.

Algo más que debemos tener en mente, en cualquier definición que podamos dar del gozo del Nuevo Testamento, es que no tenemos que ir al diccionario; en vez de eso vamos al nuevo Testamento. Esto es algo bastante peculiar que no se puede aplicar; es una cualidad que pertenece a la vida cristiana en su esencia, por lo que en nuestra definición de gozo debemos tener mucho cuidado en que se conforme a lo que vemos en nuestro Señor. El mundo nunca ha visto a alguien que conociera el gozo como lo conoció nuestro Señor, y sin embargo Él fue un “varón de dolores, experimentando en quebranto”. Así que nuestra definición de gozo de alguna manera debe corresponder a esa realidad.

El gozo es algo muy profundo y significativo, algo que afecta por completo a toda la personalidad. En otras palabras, se trata de esto: solo existe una cosa que puede producir verdadero gozo y es la contemplación del Señor Jesucristo. El satisface mi mente; satisface mis emociones; satisface todos mis deseos; El y su gran salvación incluyen la personalidad plena y nada menos, y en El estoy completo. Es decir, el gozo es la respuesta y la reacción del alma al conocimiento del señor Jesucristo.

Juan quería que sus lectores experimentaran el gozo que viene de comprender la realidad de Cristo, la verdad salvadora del evangelio, y la comunión que cada cristiano tiene con Dios y con los compañeros creyentes. Es entonces que todos los verdaderos seguidores de Jesús tendrán “el gozo (de Cristo) cumplido en sí mismos” (Jn. 17:13; cp. 15:11; 16:24; **Sal. 16:11**).

CONCLUSIÓN

Consideraciones doctrinales acerca de 1:1–4

Hemos recibido un comentario interesante de Papias, quien cerca del año 125 d.C. fue obispo de la iglesia de Hierápolis, ciudad cercana a Laodicea y Colosas, en el Asia Menor. Se presume que él era un seguidor del apóstol Juan, de quién trató de aprender todo lo posible acerca del Señor. El escribió: Si llegaba alguien que había seguido a los presbíteros, yo inquiría por medio de las palabras de dichos presbíteros qué habían dicho Andrés, o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Juan, o Mateo o cualquier otro de los discípulos del Señor, y qué decía el presbítero Juan, discípulo de Señor. Es que yo suponía que la información proveniente de libros no me ayudaría tanto como lo dicho por una voz viva y sobreviviente. (1 Jn 5:9-12).

La generación de apóstoles y testigos oculares terminó cerca del fin del primer siglo. A todos los que han nacido después de esa época le son aplicables las palabras que Jesús le dijo a Tomás: *“Benditos los que no han visto y aún así han creído”* (Jn. 20:29).

No podemos ver físicamente a Jesús, sin embargo tenemos comunión con él (1 Jn. 1:3). Nos gozamos porque él siempre está cerca de nosotros y está dispuesto a escucharnos. Él es nuestro hermano (Heb. 2:11–12) y nuestro amigo (Jn. 15:14–15).

¿Cuánto conocemos a Jesús? Prestamente rechazamos la enseñanza, liberal que separa al Jesús histórico del Cristo de la fe, ya que nos atenemos a la doctrina de las Escrituras que dicen que Jesús es el Cristo.

¿Pero cuánto significa la humanidad de Cristo para nosotros hoy en día? No tenemos ninguna dificultad en aceptar el nacimiento, vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesús. Pero cuando pensamos acerca de la humanidad de Jesús, nos preguntamos: “¿Cuál es el significado de la misma para nosotros ahora?” Por un lado, su cuerpo humano glorificado es garantía de que nuestros cuerpos físicos también serán glorificados. Jesús *“transformará nuestros cuerpos humildes para que sean como su cuerpo glorioso”* (Fil. 3:21). Por otro lado, dado que Jesús comparte nuestra carne y sangre, él es nuestro *“misericordioso y fiel sumo sacerdote”* que ha hecho *“expiación por los pecados de [su] pueblo”* (Heb. 2:17). Jesús nos da la bienvenida a tener una plena comunión en la presencia de Dios el Padre.

Una ilustración: Nuestra necesidad y deseo de tener una plena comunión con Dios

Talvez podamos apreciar mejor nuestra necesidad de Dios, y la razón por la que debemos desear tener comunión con Él, usando una ilustración. Imagine que usted es un niño

huérfano enfermo en una aldea. No hay quien cuide de usted; vive de comer lo que otros le lanzan y duerme donde pueda refugiarse. Es un marginado y despreciado por todos.

Imagine que el jefe de la tribu es el mejor hombre de entre los demás, esto es, físicamente fuerte, apuesto, increíblemente rico, sabio y bueno. Usted sabe todas estas cosas; sin embargo, a usted de nada le sirve porque no es nadie. No tiene acceso a ese gran y buen hombre.

Entonces, cierto día, el jefe va pasando por su aldea. Por casualidad él lo ve y le pide que se le acerque. Usted se le acerca, temblando. Él le pregunta por su situación. Otros explican que es un huérfano, enfermo y destinado a morir y que no vale nada. No obstante, el lo recoge del suelo, lo envuelve en un abrazo, se lo lleva a su casa, le cura su enfermedad, le ayuda a reponerse, lo adopta como propio y comparte con usted la prosperidad de Él. ¿Cómo se sentiría usted? ¿Cómo sería ser un don nadie y luego ser unido al que todo lo tiene y lo es todo —ser abrazado por él, amado por él, sanado por él y cuidado por él? Si usted fuera ese niño huérfano, ¿no anhelaría ser unido a alguien así?

La historia anterior se asemeja a nuestra situación. Todos somos como ese niño huérfano, esto es, pecadores sin esperanza o enfermos de muerte con el padecimiento del pecado, sin nadie que nos cuide, aparentemente indignos y malos. Sin embargo, tenemos la oportunidad de ser abrazados y consolados por Dios, de formar parte de Su familia, de ser amados por Él y de recibir las bendiciones y abundancia del que todo lo posee. Aún más importante, podemos relacionarnos con el que nos conoce perfectamente y aún así nos ama, y que promete estar con nosotros y velar por nosotros siempre. ¿Por qué, entonces, no querríamos desear —de hecho, desear más que nada en el mundo— estar más cerca de Dios? ¿Por qué habría alguien de dejar pasar la oportunidad de tener comunión con el Padre? Nuestro Dios es grande y nuestro Dios es amoroso. No lo evitamos ni nos escondemos de Él; por el contrario, busquemos estar con Él, ¡ahora y siempre! Vivamos y caminemos con Él todos los días.